
Las leyes monásticas

JUZGAR de las órdenes religiosas por el aspecto que actualmente tienen, sería aventurar el juicio y aun desviarse de lo verdadero, si se pretendiese hacer una justa apreciación de su bondad intrínseca.

El estado presente de tan venerables instituciones, no presta los datos necesarios para formar de ellas un juicio acertado, porque se requiere para conocer su bondad intrínseca, estudios históricos sobre las mismas, conocimientos acerca de las constituciones y estatutos que deben regirlas, y justificación de sus hechos, durante el tiempo de su plena observancia.

La humanidad les es deudora de inmensos beneficios; y restablecidas á su primitivo fervor, pueden todavía prestar importantes servicios á las sociedades modernas.

Las instituciones monásticas tienen un origen sobrehumano, y radican sobre principios indudablemente divinos, contenidos en el Evangelio, en el cual están consignados sus elementos constitutivos.

El principio de esas instituciones data de los tiempos apostólicos, y aun de Jesucristo, verdadero autor de la vida religiosa. Las diversas órdenes monacales no son otra cosa que distintas formas de un mismo é idéntico principio, variados accidentes de una misma sustancia; por cuya razón, todas tienen algo que les es

común, esto es, unas mismas leyes fundamentales, unos mismos elementos constitutivos; tienen algo que les es diverso, esto es, sus especiales constituciones y sus peculiares estatutos, y aun su regla propia, que forman como el carácter particular de cada una.

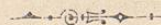
Este algo variable es de creación humana, ó en otros términos, es obra de los fundadores de cada una de las religiones, que han dado á su instituto aquella forma que más convenía al fin y objeto que tenían en mira, y á las necesidades á cuyo socorro se consagraban. Lo que tienen de común y que forma como la esencia del estado religioso, es de creación divina y no es dable al hombre hacer sobre ello innovación alguna.

Esto solo basta, entre lo mucho que puede decirse, para dar una idea de la grandeza y excelencia del estado religioso, y de los respetos que á tan veneranda institución debemos los católicos. Una institución que tiene á Dios por autor y en cuya elaboración ha trabajado la mano del Omnipotente, no puede ser sino acabada, perfecta, divina. Las instituciones de ese género llevan una ventaja inconmensurable á las instituciones humanas, las cuales, por perfectas que sean, no pueden menos que resentirse de la imperfección humana; y á manera de ruinosos edificios, caen por el suelo, tarde ó temprano.

En los estados políticos, en que los hombres forman las leyes, es indispensable que se consuma largo tiempo para debatir proyectos, que se gasten grandes sumas para dar una ley que será derogada al día siguiente, que frecuentemente se reúnan los congresos para dar nuevas legislaciones ó modificar las antiguas, y se deshace hoy lo que se hizo ayer, como inconveniente á las presentes necesidades: se busca un código que satisfaga plenamente todas las exigencias de la actualidad, que calme todos los partidos, que llene todos los vacíos; pero todo en vano porque la obra del hombre

debe ser siempre imperfecta, y todo lo que salga de sus manos, llevará inevitablemente el sello de la imperfección. Ese inconveniente queda absolutamente salvado en las instituciones religiosas, porque Dios, cuyas obras son perfectas, ha quitado de ellas todo lo que hubiese en su fondo, de defectuoso, ó que pudiera tener siquiera la sombra de vicio.

Esa ventaja, verdaderamente incomparable, coloca á las comunidades religiosas en una posición de todo punto envidiable; porque, al tratar de su reforma, no es menester que consuman el tiempo en estériles debates, en pueriles discusiones, en vanidosos discursos, de todo lo cual, aun en las cámaras de las naciones, apenas una que otra vez sale la verdad en limpio; les basta á las comunidades religiosas tomar el código de sus leyes, adquirir su inteligencia y adaptar desde luego su conducta á sus sabias prescripciones. Esas leyes, en la parte fundamental, llevan el sello de Dios mismo y en la parte orgánica ó especial, están afirmadas con la sanción de la autoridad Pontificia; tienen además la aprobación de los capítulos generales, la consagración de los siglos, la perfecta observancia de santos que veneramos en los altares, el testimonio de miles de hombres, que en otros tiempos han hallado en ellas una regla de vida, un modelo de perfección, un panal de miel que les ha endulzado las amarguras de la presente vida, una delicia celestial que ha templado la severidad y dureza de muchas privaciones; en una palabra, los religiosos que han guardado sus votos y han observado fielmente su regla, han gozado en el retiro de sus claustros una paz que supera á todos los placeres de los sentidos, y después una recompensa, que durará por infinitas eternidades.



El principado de la Santa Sede y sus enemigos

ROMA: Este es lema de algunos comunicados, que, desde el día 9 del corriente agosto, registra en sus columnas el periódico *El Comercio*. Por diferentes motivos, no nos ha sido posible emprender antes la noble tarea de defender la verdad. Hoy empezamos por dar el *¿quién vive?* al enemigo del soberano Pontífice, advirtiéndole de antemano á los católicos lectores que nada dice de nuevo y que sus erróneos conceptos han sido mil veces producidos y mil veces contestados victoriosamente por plumas mejor cortadas que la nuestra.

“Según la educación es la vida. Cuentan que Maquiavelo, que hubiera sido un buen cronista digno de nuestra época, se resintió hasta la muerte de la admiración por los hombres sabios de la antigüedad. Agitado por los remordimientos, exclamó entonces: Bien considerado todo, mejor quiero estar en el infierno con las lumbreras del mundo Aristóteles, Platón, Alejandro y demás grandes hombres de la antigüedad, que hallarme en el Paraíso con los Santos, que fueron en su mayor parte unos seres despreciables.” Este pedagogo de los ilustres malvados es la imagen del espíritu de nuestros días. El hombre no busca los conocimientos en las fuentes puras de la ciencia, sino en cisternas fangosas y sin agua.

Adivinamos, sin mucho trabajo, quien es el compilador enemigo del soberano pontífice; lo saben todos; sus ideas y estilo no dejan lugar á duda. Probablemente sucederá lo de siempre; veremos su nombre al fin de su último artículo.

Y ¿por qué, si es amigo de la verdad, no la busca de buena fe y en donde únicamente se encuentra? ¿Por qué, en lugar de inspirarse en libros malos y condenados por la Iglesia, no se inspira más bien en las obras de hombres célebres por su talento y virtud? No podemos persuadirnos de que, en esta parte, sea sectario de Maquiavelo. La ciencia nunca ha sido el patrimonio exclusivo de los perversos. Si algunos entre ellos han poseído la ciencia que hincha, eso no basta según San Pablo, es indispensable la caridad que edifica. El por Diosero vuelve y revuelve un basurero con la esperanza de encontrar alguna moneda perdida. Después de su triste trabajo, puede hallar un céntimo, pero lo hallará siempre manchado y después de haber aspirado perniciosos miasmas, que concluirán por envenenarle la sangre. “Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajaron los que la edifican”.

Entremos ahora en materia.

Séanos permitido, desde el principio, deplorar la falta de generosidad y de nobleza de sentimientos en el enemigo del poder temporal del Padre Santo. El dolor es digno de respeto. En presencia de una gran desgracia, callan las pasiones más ardientes. Aún los poetas lo han comprendido así. Aquiles, tipo de crueldad, se amansa, según Homero, al ver las lágrimas de Priamo y le devuelve el cadáver de su querido Héctor. El Padre Santo sufre, el Vicario de Jesucristo padece, el sucesor de Pedro es el gran mártir del siglo XIX. Y un católico lo insulta?..... Más generosidad, más nobleza de alma, injusto adversario! Alcanzar victoria sobre el enemigo puede ser un hecho glorioso; desear alcanzarla sobre

un bondadoso y buen padre es un crimen. El que se rebela contra su padre no es hijo, ni merece tal nombre. La audacia es siempre repugnante, pero es desdolorosa é indigna cuando ocupa el lugar del acatamiento y respeto.

“Es digna de consideración la buena fe de la porción sincera, cuyos nombres se hallan estampados en las sonadas protestas; pero si la buena fe merece respeto, no basta por sí sola á fundar el mérito de la aserción que defiende ó se le hace defender. En homenaje á esta porción sencilla y sincera debe ser tratada la cuestión”.

Hasta aquí el enemigo del Soberano Pontífice.

Creer de buena fe, según el Diccionario, es creer con sencillez, sin dolo ó malicia; es creer sin conocer, como lo entiende el articulista. Parece que la modestia no es una virtud, que le agrada, y que para conseguir el título de sabio es indispensable pertenecer á su escuela.

Los que han protestado contra la sacrilega usurpación de Roma son sencillos, es decir fáciles de engañar, es decir unos necios! Necio será pues todo el imponente Episcopado católico, necio todo el clero, necios todos los católicos más distinguidos por su cuna, talentos y riquezas, necios doscientos millones! Creemos que el mismo Luzbel, Rey de la soberbia se habrá escandalizado, al oír semejante paradoja. Nosotros, decía San Pablo, somos deudores á Griegos y Bárbaros, á sabios é ignorantes. A los grandes talentos del mundo, les diremos con, Ciceron amigo de ellos “*Omni in re consensus omnium gentium lex naturalis putanda est*”.

Se debe respetar como ley de la naturaleza el consentimiento de todos sobre una misma cosa. Todos los católicos, menos ciertos sabios del siglo, convienen en llamar y llaman robo sacrilego la usurpación de Roma; luego lo es.



Síntomas de decadencia

SOBRE los intereses materiales están colocados los intereses intelectuales y los morales, que pertenecen á un orden muy superior á los primeros; y ese orden jerárquico debe observarse rigurosamente, si no se quiere introducir una espantosa confusión, en la concertada armonía que Dios ha establecido en todas las cosas.

Dar el principado á los intereses materiales sobre los del orden intelectual ó moral, es evidentemente introducir una monstruosa confusión, y con ella la señal más inequívoca de una inevitable decadencia; y esta decadencia será tanto mayor, cuanto más se elevan los intereses que tienen por objeto el cuerpo y la vida presente, sobre los que miran al alma y á la vida futura.

En días pasados, al discurrir sobre el carácter del siglo, nos parece que dejamos probado cumplidamente, que este carácter es la frivolidad; y nos parece también que eran escusadas muchas otras razones que hacían á nuestro intento, toda vez que se trataba de una cosa evidente y que está á la vista de todos. Sin embargo, esa apreciación no fue bien recibida por alguno de nuestros colegas; y á nuestra afirmación opuso la obra gigantesca del canal de Suez y el ferrocarril del Pacífico,

como prueba de la superior inteligencia, de la voluntad firme y de la naturaleza de fierro del presente siglo.

De buen grado hubiéramos dejado pasar por alto esa réplica, que juzgamos improductiva, no porque despreciemos á nadie, pues que tenemos una alta estimación á todos los hombres, aunque aborrecemos con todas nuestras fuerzas todos los errores; sino porque la consideramos inmotivada, á no habernos alarmado la transcendental significación que ella expresa, por contraponer los intereses del orden material á los del orden intelectual y moral.

Decíamos nosotros que el carácter del siglo es la frivolidad; y al hablar así está claro que lo definíamos, en el orden intelectual y en el moral, y hé aquí que se nos replica, contraponiendo á nuestro aserto la superior inteligencia y la voluntad firme aplicadas á objetos puramente materiales—el canal de Suez y el ferrocarril del Pacífico. Si esta objeción se tiene como razón concluyente para negar la frivolidad de nuestro siglo, en el sentido que nosotros expusimos, por cierto que hay entre nosotros, á ser aquella una persuasión y un sentimiento generalizado, un síntoma inequívoco de una decadencia lamentable.

Aun la pretensión de querer probar la grandeza de nuestro siglo, su elevada inteligencia y su voluntad férrea, solo porque ha hecho canales y caminos, y aunque se agregue túneles y telégrafos, es ya una demostración paladina de la misma frivolidad, que sin fundamento sólido se impugna.

La prosperidad de las naciones debe ir acompañada, no lo negamos, de los progresos materiales, porque son muy conformes á la naturaleza y á las necesidades de los hombres; pero los progresos materiales deben seguir una marcha ascendente en perfecta armonía con los progresos intelectuales y morales,

porque estos son tan conformes como los primeros á la naturaleza de los hombres, y tanto ó más necesarios absolutamente. Colocados los intereses materiales, como dijimos al principio, en un orden inferior respecto de los intereses intelectuales y morales, y ocupando estos el primer grado de la jerarquía, y aquellos el último, es evidente que no puede darse el primado á los materiales, sin desconcertar la armonía jerárquica establecida por la naturaleza de las cosas, ni menos graduar la prosperidad de las naciones, por el progreso, aunque sea asombroso, de la materia.

Los grados del progreso deben medirse por los grados de dilatación, de elevación y de intensidad; y la justificación del progreso en estos grados debe comprender á todo el hombre en todos sus elementos constitutivos, en su cuerpo, en su alma, en el orden material, en el orden intelectual y en el orden moral; debe también comprender á todo el hombre, en sus varias y múltiples relaciones, como individuo privado y como miembro que pertenece á un cuerpo, social, político y religioso; como un ser racional, que goza de la vida presente que pasa como una sombra, y que se dirige á un destino futuro, que debe ser eternamente feliz ó eternamente desgraciado.

Cuando el progreso no comprende todas estas relaciones, cuando no mira todos estos respectos, es un progreso defectuoso, es un progreso sombrío, es un progreso precursor de la decadencia de las naciones. Roto el equilibrio del hombre y de la sociedad, la preponderancia del progreso de la materia sobre el progreso del espíritu, por exhuberancia de una parte que en su creciente desarrollo ha absorbido el todo, sucede una espantosa confusión, y entonces el hombre y la sociedad marchan con pasos precipitados á su decadencia, á su perdición, á su ruina.


Los inmoderados crecimientos en el progreso ma-

terial, son como los excesos de gordura en el cuerpo humano: la obesidad, no es señal de una salud perfecta y de una vida duradera; es por el contrario, síntoma de una enfermedad paulatina y de una muerte más ó menos cercana. Si esa obesidad en el orden político y social tiene á su servicio una superior inteligencia y una voluntad firme, es de todo punto inevitable y cercana la ruina.

A la mayor altura estaba el progreso material bajo todas sus formas en la Francia: no le faltaban caminos de hierro, telégrafos, establecimientos de industria y todo cuanto constituye el refinamiento del progreso material y la magnificencia del lujo del siglo; no le faltaban máquinas de guerra, abundantes pertrechos y gran número de hombres; sin embargo, la Francia ha sucumbido y ha dado un espectáculo vergonzoso, tanto en sus luchas exteriores como en las interiores. ¿Qué le faltaba á la Francia para no haber dado una caída tan lastimosa? El progreso armónico en todas las partes que comprende.

Celebramos los grandes adelantos de nuestro país, en el orden material; pero si no andan al mismo paso los adelantos en el orden intelectual y en el moral, no servirán sino para que sea más estrepitosa nuestra ruina.

Esto manifiesta la necesidad de velar de un modo serio, para que la instrucción que la juventud recibe sea de doctrinas verdaderas y sólidas, y para que la educación sea del todo basada en la moral y en la religión católica. Si dejamos introducir en el país la civilización pagana, extendida desgraciadamente en Europa, en vez de la civilización católica, única que puede dar la felicidad verdadera, ni la riqueza, ni los portentos de la industria, ni la fuerza de las armas serán poderosos para librarnos de una fatal ruina.



La coadjutoria del Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Lima

FINALMENTE, después de un larguísimo plazo, han sido satisfechos, aunque no por completo, los deseos del muy Reverendo Arzobispo de Lima.

Y era justo que así fuese.

Más de medio siglo, es decir, una vida entera consumida en las arduas labores del Episcopado, es evidente y justísima causa para poner sobre otros hombros la pesada cruz del cargo pastoral.

El Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo puso sus ojos, para esta delicada función en el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo de Trujillo. El más antiguo de los Obispos, de probada ciencia canónica, virtud ejemplar y larga experiencia en los negocios eclesiásticos, merecía, sin duda, ser elegido para el gobierno de la Arquidiócesis de Lima.

Consideraciones, no derivadas de la ley canónica, han pesado en el ánimo del Supremo Gobierno hasta el punto de inducirlo á negar que el Illmo. y Reverendísimo señor Obispo de Trujillo fuese su coadjutor con futura sucesión. Llevado el asunto al Cuerpo Legislativo y clausuradas sus sesiones, sin haberlo resuelto, el Supremo Gobierno ha creído tener gravísimas razones para solucionarlo, por si mismo.

Respetando y apreciando debidamente los motivos que han determinado la conducta del Supremo Gobierno, es muy sensible, sin embargo, que no se haya fijado definitivamente el porvenir de la Arquidiócesis y satisfecho, por entero, la justa y legítima petición del Venerable Metropolitano.

De todos modos, nuestro dignísimo Prelado terminará en paz su larga vida episcopal, viendo correr sus últimos días, sin las dificultades inherentes á la administración diocesana, las cuales, si todavía pesasen sobre su corazón de Pastor, quizá nos arrebatarian más presto el consuelo de poseerlo.

Comprendemos que el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo de Trujillo hace un sacrificio, aceptando la coadjutoria temporal de la Arquidiócesis, que lo aparta de su amada grey y redobla sus tareas, cuando ya lo agobian, con un peso de gloria, los distinguidos servicios que ha prestado á la Iglesia.

Mas, el deseo de hacer el bien jamás se debilita en el corazón de un Obispo; y, cuando nuevos horizontes se abren á su celo, no teme recorrerlos, movido por tan noble estímulo.

Ese sacrificio es también un gran ejemplo.

Esperamos que el Ilustrísimo señor Orueta encuentre, en la protección del Supremo Gobierno y en la docilidad del clero, la recompensa de su sacrificio y, en los seguidores de su ejemplo, la noble satisfacción de haberlo dado.



El principado del Romano

Pontífice y sus enemigos

Todos los enemigos del Papado se sirven para hostilizarlo de armas, más ó menos viles. La mentira y la calumnia son la base favorita de sus argumentos. Imitan siempre al gran blasfemo de la reforma Lutero y parece que han heredado su espíritu satánico. Ese indigno heresiarca dijo, en un principio, que solo admitía la Santa Escritura; después, arrepentido, rechazó el canon de los libros sagrados y últimamente, con audacia infernal corrompió ó truncó las palabras de la *Biblia* para sustituirlas con otras inventadas, que favorecieran su dogmatismo. Los modernos detractores del Soberano Pontífice son enemigos encarnizados de la Iglesia Católica. Lutero no ha muerto; vive en ellos. Imitadores de su padre, nunca reproducen un texto con exactitud; son grandes maestros en la mala fe y en la mentira.

El detractor del poder temporal del Padre Santo empieza por citar las palabras del Papa San Gelasio, que ocupó la silla apostólica á fines del siglo V, y le parece que con ellas consigue el triunfo. Nosotros las reproducimos con exactitud, pero iremos poniendo en letra bastardilla las correcciones del texto. "Antes de